

Humberto Borja G. y Urrutia

El Estado ante la revolución proletaria actual

Bajo el empuje arrollador de los nuevos fenómenos sociales y económicos se han modificado con tanta intensidad las bases del derecho público que se ha llegado hasta ensayar por el gobierno rojo de los bolcheviques la extirpación del Estado, cumpliendo así uno de los números de su programa máximo.

Siendo como es hoy inevitable la solidaridad económica y mental de los pueblos, resulta imposible sustraerse al contagio de las ideas que alimentan la curiosidad del espíritu contemporáneo y saturan el ambiente que todos respiramos. Y como no se trata de simples enunciados ideológicos sino de ideas-fuerzas, de hechos incorporados ya en la vida de algunos países devorados por la Revolución Proletaria, el problema adquiere la enorme importancia de una cuestión mundial. Todo hace presumir que este fenómeno, de origen local, pero que día a día se extiende por simpatía irresistible, aún atenuado o desviado, motivará transformaciones perdurables en las instituciones del derecho público y privado.

Desde luego, los hechos producidos por la Revolución social que hoy presenciarnos, se inspiran en tesis y programas confeccionados desde mediados del pasado siglo. Su base ideológica es, pues, antigua, y aún podría encontrarse un precedente concreto en la Comuna de París de 1871, primer vigoroso ensayo de Estado proletario que posteriormente estudiaremos. Pero en ningún momento había alcanzado el problema la suma gravedad y trascendencia práctica que hoy reviste.

Siendo, pues, la revolución bolchevique contra la propiedad y el Estado un fenómeno de lejano origen, y no repentino como a veces se cree, es indispensable examinar previamente sus antecedentes doctrinarios, sin cuya base sería deficientemente comprendida.

ANTECEDENTES DOCTRINARIOS DE LA REVOLUCION.

Es indudable que en las nuevas y radicales transformaciones del Estado y de la función pública, correspondía papel de primera línea a la propaganda de socialismo científico internacional, que como doctrina y como programa de acción aparece definido en el famoso **Manifiesto del Partido Comunista**, redactado por Marx y Engels en 1848. Ciertamente, el punto de vista del socialismo científico internacional, en lo relativo al Estado, no coincide con el de los que patrocinan la socialización de las funciones del Poder Público, desde que aquellos, más radicales en su tesis, aspiraron siempre a la destrucción del Estado en el que no ven sino el fruto de la lucha de clases. Pero como tal aspiración ha sido hasta hoy impracticable—desde que la subsistencia del Estado como concentración de fuerza organizada, interesa a la sociedad—, se ha traducido prácticamente en la forma de un constante esfuerzo por democratizar los fines y la vida del Estado. Ha aquí como mensajero su disolución, sólo ha sido dable obtener su socialización. El resultado conseguido, modesto si se le compara con la amplitud de las pretensiones, es muy explicable considerando que hasta el estallido de la revolución rusa de 1917, la clase proletaria hubo de limitarse a una obra de propaganda catequista (congresos, conferencias, etc.) y de reforma legal (legislación social), excepción hecha de algunos ensayos vigorosos, pero transitorios,

para destruir el Estado burgués, como la Comuna de París de 1871; y hubo de conformarse con estas soluciones de transacción porque carecía de la organización y poder bastantes para renovar ipso facto la estructura político-económica de la burguesía capitalista que se defendía concediendo, pero sin abandonar sus robustas posiciones de dominio.

Más de medio siglo ha requerido el proletariado para adquirir la suficiente vitalidad y romper el engranaje de la vieja composición social dentro de la que le era imposible alcanzar el gobierno; pero ha llegado sin duda un momento, y hoy asistimos a la génesis de la Revolución proletaria que, contenida en algunos países y desviada en otros, pero latente en todos, ha escogido como centro de experimentación al pueblo ruso, desintegrado por la guerra.

En sus lineamientos esenciales, la Revolución Proletaria sigue el plan trazado por los padres del socialismo científico internacional, Carlos Marx y Federico Engels, a quienes se reputa autores del evangelio proletario.

El fondo ideológico de la crisis social rusa es, pues, en absoluto marxista, y por lo tanto, antiguo; pero lo que no tiene precedente de parecida gravedad es la crisis misma ya producida. Es, por eso, necesario exponer, brevemente, el pensamiento de los inspiradores doctrinarios de la revolución, para constatar la fraternidad que existe entre los socialistas científicos de mediados de la última centuria y los bolcheviques contemporáneos que están dando realidad a un pensamiento antiguo.

EL MANIFIESTO COMUNISTA DE MARX Y ENGELS

La estructura económica de la sociedad burguesa, que el socialismo trata de destruir, fué admirablemente estudiada por Marx en su obra **El Capital**; pero es en el **Manifiesto del Partido Comunista** que junto con Engels redactó Marx en 1848, donde se encuentra detallado el programa a que deberá sujetarse el proletariado para obtener la conquista del Poder Político y modificar la estructura de la sociedad. Examinemos las conclusiones del manifiesto en cuanto contempla el problema del Estado. Comienza por establecer el Manifiesto que la gran transformación social no puede ser realizada sino por el proletariado, única clase, entre las antiburguesas, que puede actuar como revolucionaria. **"Hasta ahora, todos los movimientos históricos han sido movimientos de minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario, es por el contrario, el movimiento de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría"**. (Manifiesto Comunista).

Desde luego, la clase proletaria, no puede realizar su programa mientras esté desposeída del control absoluto de las funciones públicas. Por eso, **"el primer paso de la revolución proletaria debe ser la conquista de la Democracia, la elevación del proletariado al estado de clase dominante. Los proletarios se servirán de su supremacía política para arrebatar poco a poco a la burguesía toda especie de capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, en las del proletariado convertido en clase gobernante, y para acrecentar lo más rápido posible la masa de las fuerzas productivas. Na-**

turalmente, esto no puede llevarse a cabo sino por medio de atentados despóticos contra el derecho de propiedad y contra la estructura burguesa de la producción; es decir, por medio de medidas que consideradas desde el punto de vista económico, parecen insuficientes e insostenibles, pero que necesariamente en el curso de la revolución conducirán a la adopción de medidas más radicales y que son inevitables para cambiar de arriba abajo el modo de producción". (Manifiesto Comunista). Es, pues, indispensable conquistar el Estado como una posición estratégica de dominio; pero al hacerlo, la clase proletaria deberá en vez de transar con la clase dominante, permitiendo que subsista, destruirlo junto con los elementos ajenos de explotación, para crear un organismo nuevo, apto para funcionar en nuevas formas de vida. **"Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas sociales productivas sino destruyendo la manera de expropiación empleada hasta ahora"**.

LA SUPRESION DEL ESTADO

Esta conquista del Poder Político, no debe ser, sin embargo, un fin; es solo un medio, desde que toda reforma es imposible si no se cuenta con el auxilio del instrumento dominante. Por eso, la Dictadura del Proletariado que habrá de inaugurarse inmediatamente que el triunfo de la revolución permita adquirir el Estado, no es sino una situación transitoria. En realidad, el Estado, sólo está destinado a servir como instrumento de la reforma, no como organismo permanente de la sociedad reformada. Una vez que el Proletariado consiga homogeneizar la sociedad por la destrucción de las minorías que la diversifican, desaparecerá el actual antagonismo de clases y con él, el Estado que no es sino el órgano de que se sirve la clase dominante contra las clases dominadas. **"Tan luego como en el curso del desenvolvimiento, las distinciones de clases hayan desaparecido; tan luego como la producción se haya concentrado en mano de los individuos asociados, el Poder Público perderá su carácter político. El Poder Público, propiamente dicho, no es otra cosa que el poder de una clase, organizada para la expresión de otra clase. Cuando el Proletariado, forzado a organizarse como clase durante su lucha con la burguesía, se haya hecho clase dominante por medio de una revolución, y como clase dominante haya destruido por la fuerza las ajenas relaciones de producción, habrá destruido, necesariamente, las bases de todo antagonismo de clase, de toda existencia de clases, y por consecuencia, de su propia supremacía como clase. La vieja sociedad burguesa, con sus distinciones y sus antagonismos, dejará el puesto a una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será el desenvolvimiento de todos"**. (Manifiesto Comunista).

Las relaciones entre la clase proletaria y el Estado, aparecen, pues, nitidamente precisadas en la concepción socialista de Marx y Engels. Esa relación sólo podrá ser transitoria, momento accidental en el proceso revolucionario. Y es que el Estado no se justifica sino dentro de una sociedad amenazada por la lucha de clases. Nacido para atenuar esta lucha se ha ido divorciando, cada vez con mayor impudicia, de los intereses que debió amparar, llegando a convertirse en órgano de u-

na reducida minoría representada por los magnates del capital. Dice Engels: **"El Estado no constituye de ninguna manera una fuerza impuesta sobre la sociedad por los de fuera. Tampoco es el Estado la realidad de la idea moral, la imagen y realidad de la razón, según aseguraba Hegel. El Estado es el producto de la sociedad al cabo de cierto espacio de tiempo de su desarrollo. El Estado es equivalente al conocimiento de que la sociedad se ha visto envuelta en una contradicción insoluble, que ha dado por resultado antagonismos irreconciliables siendo inútil pretender librarse por sí mismo. Y a fin de que estos antagonismos, esta lucha de clases por intereses económicos tan opuestos, no choquen entre sí y acaben con la misma sociedad en su estéril lucha, se hace necesario una fuerza que, permaneciendo por encima de la sociedad, pueda moderar la fuerza de sus choques y pueda mantenerlos dentro de los límites del orden. Y esta fuerza, que surge de la sociedad, pero que se coloca por encima de ella; esta fuerza que gradualmente se separa de ella, es el Estado"**.— (El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado).

Fácil es advertir la absoluta convicción con que los socialistas científicos, desde el primer momento, proclamaron la necesidad de extirpar el Estado, una vez que la Revolución Proletaria hubiese realizado la implantación del "régimen comunista", mediante la expropiación no indemnizada de la burguesía capitalista, la socialización de los medios de producción y la abolición del poder público como entidad política explotadora. Semejante tesis, esencia del marxismo y del engellianismo no prevaleció, sin embargo, en su pureza a través de las diversas adaptaciones que sufrió el socialismo. Los socialistas moderados (socialdemocráticos) dispuestos a pactar una transacción con la burguesía, llegaron a interpretar el pensamiento de Marx, en el sentido de que el Estado se había elaborado precisamente para fomentar la conciliación de clases en antagonismo; y que, en consecuencia, no procedía su extirpación sino su reforma. De este modo se llegó a presentar la doctrina socialista con tan diversas coloraciones que el pensamiento de Marx se deformó a través del tiempo, perdiéndose en la lejanía sus contornos definitivos.

LA REVOLUCION RUSA DEL AÑO 17

Hoy asistimos a una resurrección real del marxismo. La revolución rusa del año 17, lo presenta como evangelio; los bolcheviques, estiman que son fieles discípulos del genial maestro. Marx y Engels fueron los teóricos de la Revolución Proletaria; aún sosteniendo su necesidad y es-perándola con fe aconsejaban extrema prudencia y una preparación lenta y robusta del proletariado para la gran transformación social; Lenin y Trosky, las figuras centrales del bolcheviquismo, son los prácticos de la Revolución Proletaria; aquellos sólo plantaron la supresión del Estado en la doctrina; éstos trabajan, actualmente, por dar a ese pensamiento una forma concreta en los hechos.

Es indudable que, por su ideología revolucionaria, Lenin y Trosky son esencialmente marxistas; como también parece serlo que la revolución en proceso, por ellos dirigida, está repitiendo en la realidad las etapas esenciales que se le fijaron en el Manifiesto Comunista. Desposeída la clase dominante, asaltado el Poder Público, perseguido y destruido todo vestigio del régimen caído, la Rusia actual se encuentra en el momento de la Dictadura del Proletariado, cuya duración es impre-cisable, aunque no puede ser inde-

únida. No debe, pues, considerarse a los actuales directores de la reforma social rusa como vulgares saltadores del poder público; son los ejecutores de un programa teórico perfectamente establecido y que han pregonado y defendido con ardor, durante mucho tiempo. Enemigos de la transacción, del acomodo, de las reformas flexibles, Lenine y Trosky consideran que no estaban habilitados para encarrilar la gran revolución proletaria los mencheviques, socialistas moderados de la derecha (como Schneidemann Thomas), o del centro (como Otto Bauer, Katsky, Axelkod) y extremando las enseñanzas de Marx, han sostenido en periódicos, revistas y libros, la necesidad de ininterpretar la teoría con la rigidez de una línea recta y aplicarla con igual rigidez en la vida. Esto explica la intransigencia, el fatalismo con que procede el gobierno rojo de los bolcheviques que ha puesto en acción hasta el sistema del terror que Marx y Engels concluyeron impugnando ardientemente. Es, pues, de profundo interés examinar en sus puntos esenciales la tesis de Lenine y de Trosky que, aunque marxistas, han tenido que concordar las enseñanzas del maestro con las nuevas exigencias de la vida actual y, especialmente con las enseñanzas derivadas de la gran guerra, circunstancias estas que Marx y Engels, hombres de otra época, estuvieron en ineptitud de contemplar.

El viejo problema de la supresión del Estado, revive desde luego; pero esta vez, rodeado de un interés singular, por tratarse de realizaciones. Oigamos a Lenine:

"La cuestión del Estado está adquiriendo hoy día una importancia particular, tanto en el sentido teórico como en el práctico. La guerra imperialista ha acelerado en gran manera e intensificado la transformación del capital monopolizado por el Estado. La monstruosa opresión de las masas obreras por el Estado (cada vez más íntimamente identificado con las todopoderosas combinaciones capitalistas), se hace día por día más terrible. La mayor parte de los países (nos referimos a los países retrógrados) están convirtiéndose en prisiones militares para los obreros". (La Revolución y el Estado, 1917).

"Que el Estado es el órgano de demolición de una clase definida, la cual no puede ser reconciliada con sus antipodas sociales, esto es lo que nunca ha podido comprender la baja clase media. Su actitud para con el Estado es una de las pruebas más evidentes de que nuestros revolucionarios-socialistas y mencheviques, no son de ningún modo socialistas (cuyas teorías nosotros los bolcheviques, siempre hemos sustentado), sino solamente demócratas de la baja clase media, con una fraseología muy aproximada a la socialista". (La Revolución y el Estado).

Sosteniendo la necesidad de extirpar el Estado, agrega:

"En estas palabras despedazar la maquinaria burocrática y militar del Estado, debe encontrarse netamente expresada la enseñanza principal del marxismo, respecto a los problemas concernientes al Estado frente al proletariado en revolución. Y esta enseñanza es la que no tan solo ha sido olvidada, sino completamente tergiversada por la "interpretación del marxismo, por Kautsky, que ha prevalecido." (La Revolución y el Estado).

Como Marx y Engels, Lenine estima que el proletariado, en el primer momento de la Revolución, deberá utilizar el Estado, pero solo para el efecto de consumir su obra.

"El proletariado solo necesita del Estado temporalmente. No estamos disconformes con los anarquistas sobre las cuestiones de la abolición del Estado como punto de vista final; pero nosotros afirmamos que para la obtención de este punto debemos hacer uso, temporalmente,

de los métodos del Estado contra los explotadores, del mismo modo que la dictadura temporal de las clases oprimidas, es necesaria, para la supresión de todas las clases". (La Revolución y el Estado).

En cuanto a las clases que están capacitadas para efectuar la gran revolución popular, Lenine cree que esta gran obra histórica deberá realizarse por la cooperación del proletariado y las masas campesinas, las únicas susceptibles de vincularse en un fuerte interés solidario.

"Actualmente, una revolución "popular" sólo obtendrá la mayoría, si esta revolución abrazara al proletariado y las masas campesinas. Ambas clases resumirán la voluntad popular. Ambas clases están unidas por la circunstancia de que la maquinaria militar y burocrática del Estado, las oprime, las aplasta, las explota. Despedazar esta maquinaria, romperla, este es el verdadero interés del pueblo; de la mayoría de los trabajadores y de la generalidad de los campesinos; esa es la condición preliminar de una unión de los campesinos más pobres con los proletarios, al paso que sin tal unión la democracia no tiene estabilidad y la reconstrucción socialista es imposible. No es tal unión, según es sabido, iba la Comuna de París, si bien no alcanzó su objeto por una serie de circunstancias internas y externas." (La Revolución y el Estado.)

Trosky, igualmente combativo y radical, está a este respecto en total acuerdo de ideas con Lenine. Antes y durante el curso de la revolución rusa, expuso su marxismo intransigente en folletos y numerosas publicaciones periódicas. De mentalidad más refinada y de dicción más elegante que la de Lenine, puede estimarse como el más vigoroso literato de la revolución en proceso. Como Lenine, considera que la dictadura del proletariado es indispensable para constituir el gobierno sincero de las mayorías, ya que la democracia, que está más cerca de los intereses proletarios que cualquiera otra forma de organización política es, no obstante, insuficiente para ampararlos totalmente. Véase cómo censura la democracia decorativa y convencional que convive con la lucha de clases.

"Como marxistas, jamás hemos sido partidarios del formalismo democrático. En una sociedad dividida por razón de clases, las instituciones democráticas, lejos de anular la lucha de unas clases contra otras, no hacen sino dar a los intereses de esas clases una forma imperfecta de expresión. Las clases pudientes tienen siempre a su disposición millares de medios para alterar y adulterar la voluntad de las clases laboriosas. En tiempos de la revolución, las instituciones democráticas son todavía menos adecuadas para servir de expresión a la lucha de clases. Marx llamó a la revolución la "locomotora de la Historia". Una lucha franca y directa por las conquistas del poder, capacita a las masas trabajadoras para adquirir en breve tiempo tesoros de experiencia política y pasan rápidamente de un estado a otro en el proceso de su evolución mental". (El triunfo del bolcheviquismo).

¿COMO REEMPLAZARA AL ESTADO?

Existe, pues, absoluta conformidad de ideas en los gestores de la revolución rusa respecto a la misión histórica que debe cumplir el proletariado frente al Estado. Considerado éste como un organismo parasitario, combinación de burocracia capitalista y máquina militar, debe extirparse en el momento en que la clase proletaria haya hecho de él la necesaria utilización transitoria. Pero, establecida la absoluta supresión del Estado, surge la siguiente cuestión crítica. ¿Cómo se sustituirá al Estado suprimido? Porque es evidente, y aún los bolcheviques lo han reconocido, que la Sociedad, por directa que sea su forma de gobierno, exige siempre la constitución de órganos que dirijan su vida y realicen

sus funciones más generales. De otro modo, se llegaría solo a la consagración de una demagogia anarquizante, más peligrosa e infecunda que la dictadura de las clases minoristas tan execradas.

EL EJEMPLO DE LA COMUNA

La cuestión no pasó desatenta ni aún respecto de los progenitores del socialismo científico. Marx y también Engels, anticiparon algunas ideas. El primero no elaboró una fórmula definida; vagamente expuso que debería reemplazarse la máquina del Estado por el proletariado organizado como clase corriente por la conquista de la democracia. Engels, presentó una experiencia histórica concreta como ejemplo edificante: el de la Comuna de París en 1871. El 18 de marzo de 1891, a propósito de la celebración del vigésimo aniversario de este acontecimiento, escribía: "¡Señores! ¿Quiéren ustedes saber qué aspecto tiene la dictadura del proletariado? ¡Fijense ustedes, pues, en la Comuna de París. Así es la dictadura del proletariado" (Citado por Tasin, la "Dictadura del Proletariado").

No obstante el pensamiento de los padres del socialismo, no ha prevalecido estrictamente en la revolución actual. Aquellos vieron en la Comuna la imagen del gobierno anhelado y, sin embargo, la Comuna no fué un estado proletario puro; se elaboró a base de verdaderas aspiraciones democráticas, como lo prueban la calidad de sus miembros elegidos el 26 de marzo de 1871, entre los que se hallaban 21 representantes de la burguesía, enemigos precisamente de la insurrección. Cierto es que Lenine ha saludado aquel acontecimiento histórico con fervoroso entusiasmo, considerando utilísima la experiencia realizada; pero la declara incompleta, porque si la Comuna hubiera podido prosperar en el tiempo, sólo habría logrado reemplazar la maquinaria rota del Estado por una democracia más completa que se resumía en la abolición del ejército permanente y la transformación de todos los funcionarios en agentes del Estado elegibles y revocables. Pero es un hecho que esto solo representaba una sustitución gigantesca de un tipo de instituciones por otras de orden fundamentalmente distinto. Aquí vemos precisamente un caso de la transformación de la cantidad en calidad. La democracia, con la más completa e imaginable consistencia, era transformada de democracia capitalista en democracia proletaria: el Estado, es decir, una fuerza especial para la supresión de una clase particular, en algo que ya no era realmente una forma de Estado." (Ob. cit.)

Censurando la debilidad con que la Comuna contempló el problema de la destrucción absoluta de la burguesía, base de peligrosas resistencias, agrega:

"Era, además, necesario suprimir la clase capitalista y acabar con su resistencia. Esto era particularmente necesario para la Comuna y una de las causas de su derrota fué el que no ejecutara esto con la suficiente determinación."

LOS SOVIETS Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Rectificando, pues, lo que han estimado vicios de organización y de ejecución en la Comuna del 71 los actuales revolucionarios rusos, han creado los órganos de los "soviets" ya ensayados en la revolución moscovita de 1905 aún por Trosky. Los soviets, consejos de diputados, campesinos y obreros, constituyen los verdaderos órganos técnicos de la Dictadura del Proletariado y de los campesinos; pero carecen del fundamento democrático de la Comuna, porque son órgano de clase, que rechazan la intervención de todo elemento distinto al campesino y al obrero, especialmente, a la odiada burguesía.

El pensamiento de Lenine y de Trosky es, a este respecto, más ra-

dical e intransigente que el inspirado por la Comuna. Los soviets son órganos de clase, y precisamente deben estar saturados de un odio sistemático contra toda clase antiproletaria, porque solo a condición de que esto ocurra, ofrecen verdaderas garantías a los obreros y campesinos que anhelan el aniquilamiento absoluto de la clase burguesa con la que ninguna transacción es posible.

El gobierno de los soviets debe, pues, realizar el papel histórico trascendental de eliminar la lucha de clases y preparar los fundamentos del verdadero gobierno socialista que le sucederá con carácter permanente. ¿Cuál será su naturaleza? Lenine y Trosky contestan que el punto de llegada es la sociedad comunista sin estado político: gobierno de la mayoría (proletariado) por la mayoría misma.

Dice Lenine: "En lugar de instituciones especiales de una minoría privilegiada (funcionarios privilegiados y jefes de un ejército permanente) la mayoría puede, por sí sola llenar directamente todas estas funciones, y cuando más se descargue de sus funciones al Estado para que recaiga sobre las masas populares, menos necesidad habrá de que exista el Estado por sí mismo. A este respecto las medidas especiales adoptadas por la Comuna y acentuadas por Marx son particularmente dignas de anotarse: la abolición de las representaciones y de todos los salarios especiales de los funcionarios, rebajando el sueldo de todos los servidores del Estado al nivel del jornal obrero. He aquí, más claramente demostrado que en ninguna otra parte, el fin de una democracia burguesa transformada en una democracia proletaria; el paso de la democracia de los opresores a la democracia de los oprimidos, de la dominación de una fuerza especial para la supresión de una clase dada, a la supresión de los opresores por la fuerza entera de la mayoría de la Nación, formada por el Proletariado y los campesinos."

"La cultura capitalista ha creado la industria en gran escala en forma de factorías, ferrocarriles, postas, teléfonos y así sucesivamente, y sobre esta base la gran mayoría de las funciones del antiguo Estado se han simplificado enormemente y reducido en la práctica a operaciones muy simples, tales como inspección, ejecución y control. Ahora están al alcance de cualquier persona ilustrada, y será posible desempeñarla remunerándolas con un jornal. Esta circunstancia debe despojarlas y las despojará de prestigio como actos de "gobierno" y, por lo tanto, como servicio privilegiado. Fiscalizar los actos de todos los funcionarios sometidos sin reservas al principio de elección y revocables en cualquier momento, y la aproximación de sus salarios a la "paga ordinaria de los obreros", son simples y evidentes medidas democráticas que armonizan completamente los intereses de los obreros y de la mayoría de los campesinos y que al mismo tiempo sirven de fuente que conduce del capitalismo al socialismo". (La Revolución y el Estado).

LA SOCIEDAD COMUNISTA

La implantación de la sociedad comunista, estimada como la forma superior de convivencia humana, constituye, pues, el ideal máximo de los bolcheviques contemporáneos. Dicha sociedad comunista presentará todos los caracteres de una organización democrática, pero infinitamente más perfecta de la que estamos habituados a ver funcionar en la vida de los pueblos. La democracia de hoy, en efecto, es más decorativa que esencial, porque la democracia capitalista, que es la que poseemos, es la democracia de una minoría, compatible con toda clase de desigualdades e injusticias. "La democracia es de suma importancia en la lucha por la libertad de la clase trabajadora contra los capitalistas. Pero la democracia no es un límite

que no puede rebasarse; es simplemente uno de los períodos en el transcurso del desarrollo del feudalismo al capitalismo y de éste al comunismo." (Lenine. La Revolución y el Estado).

Sólo en la sociedad comunista podrá establecerse la democracia verdadera, democracia de todos, absoluta, porque excluirá todo privilegio y directa porque en ella desaparecerá todo instrumento representativo. Dentro de la democracia proletaria o mayorista, que no necesitará de Estado alguno, todos se acostumbrarán a la observancia de las reglas de la vida social, "sin apelar a la fuerza, sin restricciones, sin sujeción, sin un aparato especial para su control que se llame Estado".

Semejante organización democrática, no podrá, desde luego, alcanzarse bruscamente. Es indispensable destruir una tradición vigorosa y rebelde de intereses creados. Por eso, como queda dicho, la primera etapa en la transición del capitalismo al comunismo, no puede estar constituida sino por la Dictadura del Proletariado, momento durante el cual será necesario todavía utilizar al Estado como instrumento de reforma. Conseguida ésta por la destrucción de toda lucha de clases, y

del gobierno proletario, preciso será aun antes de alcanzar el comunismo perfecto, implantar un comunismo moderado. Según la ideología de Marx, en su primera fase la sociedad comunista, admitirá aún el imperio de la ley burguesa. En ella regirá la ley bíblica "el que no trabaja no comerá"; no habrá propiedad privada sino social; pero cada uno obtendrá beneficios sociales según sus aptitudes y el tiempo de trabajo; y como éste y aquellas habrán de ser diversas por la naturaleza de las cosas, subsistirán las desigualdades económicas de hombre a hombre. Pero esta no es sino una etapa transitoria. En una fase culminante y última, la fórmula que regirá la vida social será ésta: "Exigirá a cada cual lo que debe dar de sí con arreglo a su destreza y aptitud, y dará a cada cual lo que le corresponde con arreglo a sus necesidades". En tal forma, la ecuación entre las necesidades y los medios para proveerlas será permanente; y la posibilidad de que unos posean mucho y otros poco, queda en absoluto descartada; porque todos tendrán, prescindiendo de la diversidad de sus aptitudes, una coparticipación en el fondo colectivo que sea suficiente para atender a la totalidad de sus exigencias. Funcionan así no la igualdad mecánica intrínseca, desde que no todos tienen necesidades idénticas, forma de igualdad esta que por lo demás engendraría en sus aplicaciones las desigualdades que se quiere destruir; sino una igualdad de correlación entre las necesidades y los medios, sistema movable, dotado de aquella equitativa flexibilidad que requieren los negocios de la vida; y que colocarían a todos los hombres, unos frente a otros, en una situación de desigualdad relativa, puesto que cada uno podría disponer de lo que le fuese necesario y solo de ello

preciso será aun antes de alcanzar el comunismo perfecto, implantar un comunismo moderado. Según la ideología de Marx, en su primera fase la sociedad comunista, admitirá aún el imperio de la ley burguesa. En ella regirá la ley bíblica "el que no trabaja no comerá"; no habrá propiedad privada sino social; pero cada uno obtendrá beneficios sociales según sus aptitudes y el tiempo de trabajo; y como éste y aquellas habrán de ser diversas por la naturaleza de las cosas, subsistirán las desigualdades económicas de hombre a hombre. Pero esta no es sino una etapa transitoria. En una fase culminante y última, la fórmula que regirá la vida social será ésta: "Exigirá a cada cual lo que debe dar de sí con arreglo a su destreza y aptitud, y dará a cada cual lo que le corresponde con arreglo a sus necesidades". En tal forma, la ecuación entre las necesidades y los medios para proveerlas será permanente; y la posibilidad de que unos posean mucho y otros poco, queda en absoluto descartada; porque todos tendrán, prescindiendo de la diversidad de sus aptitudes, una coparticipación en el fondo colectivo que sea suficiente para atender a la totalidad de sus exigencias. Funcionan así no la igualdad mecánica intrínseca, desde que no todos tienen necesidades idénticas, forma de igualdad esta que por lo demás engendraría en sus aplicaciones las desigualdades que se quiere destruir; sino una igualdad de correlación entre las necesidades y los medios, sistema movable, dotado de aquella equitativa flexibilidad que requieren los negocios de la vida; y que colocarían a todos los hombres, unos frente a otros, en una situación de desigualdad relativa, puesto que cada uno podría disponer de lo que le fuese necesario y solo de ello

ILUSIONES E INCONSECUENCIAS

Es fácil advertir que la fórmula bolchevique relativa al organismo que deberá reemplazar al Estado suprimido, adolece de extrema imprecisión. Y nada más natural si se considera que el programa marxista enseñó siempre cómo debía destruirse la antigua organización económica y política, mas no cómo debía edificarse la nueva organización. He aquí por qué los socialistas revolucionarios defienden con ardor su evangelio constituido por unos cuantos principios de extrema simplicidad: "destruid el capital", "aniquilad la burguesía", "extirpad el Estado", etc., muestran en cambio, tremenda perplejidad cuando se les invita a presentar los fundamentos de la nueva sociedad, de la sociedad utópica que quieren amasar. Entonces, solo presentan una fórmula cuya es-

terilidad es muy fácil prever: "la sociedad comunista", tal la suprema golosina que brindan al espíritu los nuevos apóstoles. ¿Pero será factible el comunismo? ¿Es posible el orden social, sin instrumentos representativos de dirección y de gobierno? ¿Caben la prosperidad material y la multiplicación de la riqueza una vez extinguida la propiedad privada? Esta igualdad mecánica y primitiva a que conduciría el comunismo ¿es compatible con el progreso espiritual que tanto diversifica y distancia a los hombres? Y admitiendo que fuese posible esta forma ideal de convivencia, ¿quién se encargaría dentro de ella de regular las necesidades de cada uno y de apreciar sus aptitudes? ¿Es posible, ante todo, medir, calcular las necesidades personales?

LA FORMULA PRACTICA

Son tantos y tan graves los problemas prácticos que dentro de la hipótesis comunista surgen insolucionables, que todo contribuye a desahuciarla. La experiencia histórica ha demostrado ya en casos aislados, que el régimen comunista es infecundo. Los ensayos que en la forma más empírica van efectuándose hoy mismo en Rusia, acreditan que la simplicidad teórica del programa, se torna en la práctica en terribles complicaciones. Y aún más.

El tiempo trascurrido ha sido bastante para que el sistema implantado haya tenido que rectificarse en algunos de sus principios fundamentales. Hace poco, el cable ha divulgado el fracaso de la revolución contra la propiedad privada. El rápido agotamiento económico de Rusia, espantó a los dirigentes, y Lenine, colocado frente a la vida, ha tenido que ceder, rescurando el régimen de la propiedad privada campesina, con la restricción de un quinto, que toca al Estado a título de copartícipe.

Semejantes rectificaciones habrán de producirse sin duda, en cuanto al problema del Estado. No es posible, como se pretende, suprimir al Estado. Sin duda, no será estéril la revolución socialista. La estructura del Estado, se modificará intensamente; su actividad social se venturará en forma decisiva; se democratizarán sus funciones y tendrán en él la equitativa participación todas las fuerzas sociales; con todo lo cual el Estado progresará en el sentido de coincidir, cada vez más exactamente, con los intereses sociales que debe amparar y con la voluntad colectiva que interpreta. La socialización de la vida y de las funciones del Estado; tal es el fenómeno a cuya génesis estamos asistiendo, el cual prevalecerá sin duda contra todo empeño por extirpar al Estado, por hallarse más cerca de la realidad y de la vida social.

Ricardo Palma

CON DIAS Y OLLAS VENCEREMOS

(Tradición)

A principios de junio de 1821 y cuando acababan de iniciarse las famosas negociaciones de armisticio de Punchauca entre el virrey La Serna y el General San Martín, recibió el ejército patriota acantonado en Huaura, el siguiente santo, seña y contraseña, "Con días y ollas, venceremos."

Para todos, exceptuando Montegudo, Luzuriaga, Guido y García del Río, el santo y seña era una charada estúpida, una frase disparatada; y los que juzgaban a San Martín más cristiana y caritativamente se alzaban de hombros murmurando: —¡Extravagancias del General!

Sin embargo, el santo y seña tenía malicia o entripado, y es la síntesis de un gran suceso histórico. Y de eso es de lo que me propongo hoy hablar, apoyando mi relato, más que en la tradición oral que he oído contar al amanuense de San Martín y a otros soldados de la patria vieja, en la autoridad de mi amigo el escritor bonaerense don Mariano Pelliza, que a vueta pluma se ocupa del santo y seña en uno de sus interesantes libros.

I

San Martín, por juiciosas razones que la historia consigna y aplaude, no quería deber la ocupación de Lima al éxito de una batalla, sino a los manejos y ardidés de la política. Sus impacientes tropas, ganosas de habérselas cuanto antes con los engreídos realistas rabiaban mirando la aparente pachorra del general; pero el héroe argentino tenía en mira, como acabamos de apuntarlo, pisar Lima sin consumo de pólvora y sin lo que para él importaba más, exponer la vida de sus soldados; pues en verdad, no andaba sobrado de ellos.

En correspondencia secreta y constante con los patriotas de la capital, confluía en el entusiasmo y actividad de éstos, para conspirar, empe-

ño que había producido ya, entre otros hechos de importancia para la causa libertadora, la defección del batallón Numancia.

Pero con frecuencia los espías y las partidas de exploración o avanzadas lograban interceptar las comunicaciones entre San Martín y sus amigos, frustrando no pocas veces el desarrollo de un plan. Esta contrariedad, reagravada con el fusilamiento que hacían los españoles de aquellos a quienes sorprendían con cartas en clave, traía inquieto y pensativo al emprendedor caudillo. Era necesario y a todo trance encontrar un medio seguro y expedito de comunicación.

Preocupado con este pensamiento, paseaba una tarde el general, acompañado de Guido y un ayudante, por la larga y única calle de Huaura, cuando, a inmediaciones del puente, fijó su distraída mirada en un caserón viejo que en el patio tenía un horno para la fundición de ladrillos y obras de alfarería. En aquel tiempo en que no llegaba por acá la porcelana hechiza, era éste lucrativo oficio; pues así la vajilla de uso diario como los utensilios de cocina eran de barro cocido y calcinado en el país, salvo tal cual jarrón de Guadalajara y las escudillas de plata, que ciertamente figuraban solo en la mesa de gente acomodada.

San Martín tuvo una de esas repentinas y misteriosas inspiraciones que acuden únicamente al cerebro de los hombres de genio, y exclamó para sí: ¡Eureka! Ya está resuelta la X del problema.

El dueño de la casa era un indio entrado en años, de espíritu despierto y gran partidario de los insurgentes. Entendióse con él San Martín y el alfarero se comprometió a fabricar una olla con doble fondo, tan diestramente preparada que el ojo más experto no pudiera descubrir la trampa.

El indio hacía semanalmente un viaje a Lima, conduciendo dos mulas cargadas de platos y ollas de barro,

que aún no se conocían por nuestra tierra las de peltre o cobre estañado. Entre estas últimas y sin diferenciarse ostensiblemente de las que componían el resto de la carga, iba la "olla revolucionaria", llevando en su doble fondo importantísimas cartas en cifra. El conductor se dejaba registrar con cuanta partida de campo encontraba, respondía con naturalidad a los interrogatorios, se quitaba el sombrero cuando el oficial del piquete pronunciaba el nombre de Fernando VII, nuestro amo y señor, y le dejaban seguir su viaje, no sin hacerle gritar antes ¡viva el rey! ¡muera la patria! ¿Quién demonios iba a imaginarse que este pobre indio viejo, andaba tan seriamente metido en belenes de política?

Nuestro alfarero era como cierto soldado, gran repentista o improvisador de coplas que, tomado prisionero por un coronel español, éste, como por burla o para hacerle renegar de su bandera, le dijo:

—Mira, palangana, te regalo un peso si haces uza cuarteta con el pié forzado que voy a darte:

Viva el séptimo Fernando
 con su noble y leal nación

—No tengo el menor "conveniente", señor coronel—contestó el prisionero.—Escuche usted:

Viva el séptimo Fernando
 con su noble y leal nación;
 pero es con la condición
 de que en mí no tenga mando...
 y venga mi palacón.

II

Vivía el señor doctor don Francisco Javier de Luna Pizarro, sacerdote que ejerció desde entonces gran influencia en el país, en la casa fronteriza a la iglesia de la Concepción, y él fué el patriota designado por San Martín para entenderse con el "ollero". Pasaba éste a las ocho de la mañana por la calle de la Concepción, pregonando con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Ollas y platos! ¡Baratos! ¡Baratos!, que, hasta hace pocos años, los vendedores de Lima podían dar tema para un libro por la especialidad de sus pregones. Algo más. Casas había en que para saber la hora no se consultaba reloj, sino el pregón de los vendedores ambulantes.

Lima ha ganado en civilización; pero se ha despoetizado, y día por día pierde todo lo que de original y típico hubo en sus costumbres.

Yo he alcanzado esos tiempos en los que parece que, en Lima, la ocupación de los vecinos hubiera sido tener en continuo ejercicio los molinos de masticación llamados dientes y muelas. Juzgue el lector por el siguiente cuadrado de cómo distribuían las horas en mi barrio, allá cuando yo andaba haciendo "novillos" por huertas y murallas, y muy distante de escribir tradiciones y "dragonear" de poeta, que es otra forma de matar el tiempo o hacer novillos.

La lechera, indicaba las seis de la mañana.

La tisanera y la chichera de Terranova daban su pregón a las siete en punto.

El bizcochero y la vendedora de leche vinagre, que gritaba ¡a la cuajadita!, designaban las ocho, ni minuto más ni minuto menos.

La vendedora de zanguito de ñajú y choncholles, marcaba las nueve, hora de canónigos.

La tamalera, era anuncio de las diez.

A las once pasaban la melonera y la nublata del convento vendiendo ranfañote, cocada, bocado del rey, chancaquitas de cancha y de maní y frijoles colados.

A las doce aparecía el frutero de canasta llena y el proveedor de empanaditas de picadillo.

La una era indefectiblemente se-

balada por el vendedor de ante con ante, la arrocera y el alfajorero.

A las dos de la tarde la picarone- ra, el humitero y el de la rica causa de Trujillo atronaban con sus pre- gones.

A las tres, el melcochero, la turro- nera y el anticuchero o vendedor de bisteque en palito clamoreaban con más puntualidad que la Mariangola de la Catedral.

A las cuatro, gritaban la pican- tera y el de la pifila de nuez.

A las cinco chillaban el jazmine- ro, el de las caramanducas, y el ven- dedor de flores de trapo, que grita- ba: ¡Jardín, jardín! ¡Muchacha, no hueles?

A las seis canturreaban en raice- ro y el galletero.

A las siete de la noche pregonaban el caramelero, la mazamorrera, y la champucera.

A las ocho, el heladero y el bar- quillero.

Aún a las nueve de la noche, junto con el toque de cobre-fuego, el a- nimerero, o sacristán de la parroquia salía con capa colorada y farolito en mano pidiendo para las ánimas benditas del purgatorio o para la cera de Nuestro Amo. Este prójimo era el terror de los niños rebeldes para acostarse.

Después de esa hora, era el "se- reno" del barrio quien reemplazaba a los relojes ambulantes, cantando, entre piteo y piteo: "Ave María Pu- risima! ¡Las diez han dado! ¡Viva el Perú y sereno! Que eso sí, para los serenos de Lima, por mucho que el tiempo estuviere nublado y llu- vioso, la consigna era declararlo ¡sereno! Y de sesenta en sesenta mi- nutos se repetía el cantilo hasta el amanecer.

Y luego caso omiso de innume- rables pregonos que se daban a una hora fija.

¡Ah, tiempos dichosos! Podía en ellos ostentarse, por pura "chambe- rinada" un cronómetro; pero para saber con firmeza la hora en que uno vivía, ningún reloj más puntual que el pregón de los vendedores. Eso sí que no discrepaba pelo de segundo ni había para qué limpiarlo o en- viarlo a la enfermería cada seis me- ses. ¡Y luego la baratura! Vamos; si cuando empiezo a hablar de anti- guallas, se me va el santo al cie- lo, y corre la pluma sobre el papel como caballo desbocado. Punto a la digestión y sigamos con nuestro in- surgente ollero.

Apenas terminaba su pregón en cada esquina, cuando salían a la puerta todos los vecinos que tenían necesidad de utensilios de cocina.

III

Pedro Manzanares, mayordomo del señor Luna Pizarro, era un negrito retinto, con toda la lisura criolla de los "budingas" y mataperros de Lima, gran decidido de desvergüen- zas, cantador, guitarrista y navaje- ro, pero muy leal a su amo y muy mimado por éste. Jamás dejaba de a- cudir al pregón y pagar un real por una olla de barro; pero al día si- guiente, volvía a presentarse en la puerta, utensilio en mano, gritando: —Oiga usted, so "chojo" ladronazo, con sus ollas que se "chirrean" to- ditas... Ya puede usted cambiarme ésta que le compré ayer, antes de que se la rompa en la "tutuma" pa- ra enseñarlo a no engañar al mar- chante. ¡Pedazo de pillo!

El alfarero sonreía, como quien desprecia injurias, y cambiaba olla.

Y tanto se repitió la escena de compra y cambio de ollas y el aga- sajo de palabrotas, soportadas siem- pre con paciencia por el indio, que el barbero de la esquina, andaluz muy entrometido, llegó a decir una maña- na:

—¡Córcholis! ¡Vaya con el cler- guito para cominero! Ni yo que soy un pobre de hacha, hago tanta alha- raca por un miserable real! ¡Re- córcholis! Oye, maculto. Las ollas

de barro, y las mujeres que también son de barro, se toman sin lugar a devolución, y el que se lleva chasco, ¡contracórcholis! se mama el dedo meñique, y ni chista ni mista y se aguanta el clavo, sin molestar con gritos y lamentaciones al vecindario.

—Y a usted, so godo de cuernos, cascabel sonajero, ¿quién le dió vela en este entierro?—contestó con su habitual insolencia el negrito Man- zanares.—Vaya usted a desollar bar- bas y cascar liendres, y no se meta en lo que no le va ni le viene, so ade- fecio en misa de una, so chapetón embreado y de ciento en carga...

Al oírse apostrofado así, se le en- vinagró al andaluz la mostaza, y ex- clamó, ceaceando:

—¡María Santísima! Hoy me pier- do... ¡Aguárdate gallinazo de mu- ladar!

Y echando mano al puñalito o lim- piadientes, se fué sobre Perico Man- zanares, que sin esperar la embes- tida se refugió en las habitaciones de su amo. ¡Quién sabe si la camo- rra entre el barbero y el mayordo- mo habría servido para despertar sospechas sobre las ollas, que de pe- queñas causas han surgido grandes efectos! Pero afortunadamente ella coincidió con el último viaje que hi- zo el alfarero trayendo olla contra- bandista; pues el escándalo pasó el 5 de julio, y al amanecer del si- guiente día abandonaba el virrey La Serna la ciudad, de la cual tomaron posesión los patriotas en la noche del 9.

Quando el indio, a principios de junio, llevó a San Martín la prime- ra olla devuelta por el mayordomo del señor Luna Pizarro, hallábase

el general en su gabinete dictando la orden del día. Suspendió la ocupa- ción, y después de leer las cartas que venían en el doble fondo, se vol- vió a sus ministros García del Río y Monteagudo y les dijo sonriendo:

—Como lo pide el suplicante. Luego se aproximó al amanuense y añadió:

—Escribe, Manolito, santo, seña y contraseña para hoy: "Con días— y ollas—venceremos."

La victoria codiciada por San Mar- tín era apoderarse de Lima sin quemar pólvora; y merced a las ollas que llevaban en el vientre ideas más formidables siempre que los cañones modernos, el éxito fué tan esplén- dido, que el 28 de julio se juraba en Lima la Independencia y se decla- raba la autonomía del Perú. Junín y Ayacucho fueron el corolario.



EL GRAN MARISCAL D. RAMON CASTILLA

Don Ramón Castilla es, entre los gobernantes del Perú, de la primer mitad de su centuria republicana, el más sobresaliente y meritorio; a su nombre va unida la redención de la servidumbre indígena y la libertad de los esclavos; a su esfuerzo el restablecimiento de la constitu- cionalidad y el anhelo supremo, ar- dientemente perseguido, de conser- var para el Perú la hegemonía sud- americana. Carácter de hierro, con la perseverancia de sus acciones hasta la terquedad, y con el ductil asentimiento de una alma femenina para el bien.

Valiente hasta hacer del valor un patrimonio, y del arrojo y de la au- rancia, una costumbre; sutil y astuto para adivinar las ajenas intenciones, por lo mismo que su vida se des- envolvía en un medio que era toda una urdidumbre de intrigas; altane- ro y con desplantes de Cyrano más que de Quijote, porque a la promesa o a la amenaza, unía la acción ef- ficaz; pero como ese Bergerac de la leyenda, tan pronto mordaz e irónico hasta la ofensa, tan pronto noble y generoso hasta el sacrificio. Hombre que es un engendro de las más opuestas tendencias y un tipo de las más complicadas y caprichosas contradicciones; errado está el pa- tidarista apasionado que ve en él un dechado de virtudes; su alma era un libro de muchas páginas, en donde se hallaban escritas virtudes y defectos, quizás el trascendental resultado de complicados cruce- mientos de raza y sangre, ya que

en sus venas se mezclaba la italiana, la india y la española.

Vivió en una época en que, como en la Italia del Renacimiento, la temeridad y la audacia, la valentía y el arrojo eran atributos que se hermanaban con la mentira y la calumnia, con la falsedad y la in- triga; y a la dádiva generosa se alternaba el insulto, y al abrazo de alianza, el ataque por la espalda o el beso de Judas. Era la época en que las gentes, más que hoy, vivían de la política, y lo que no llegaba al corazón y la cabeza en formas de atractivos por la ciencia, el arte o el trabajo, llegaba en forma de complot revolucionario, de intriga palaciega o de motín de cuar- tel. Castilla participó de esas opuestas tendencias, pero con un genio superior pudo sacar de esas miserias, enseñanzas, y dominar sobre toda esa ruindad de pasiones. ¡Qué cuadro tan interesante ofreció todo ese pequeño mundo de nuestra sociedad en los primeros años de la República! nacionalidad en la infancia! exclama nuestra sociolo- gía criolla y lanza una disculpa a semejante descrédito; y la herencia colonial, el apático espíritu del indio y la incultura democrática, que engendraba los apetitos más desor- denados, se ofrecen como expediente de la irresponsabilidad de genera- ciones culpables.

Participó sin duda Castilla de esas tendencias; había jugado en las campañas de la Independencia y tenía que exigir las utilidades

acumuladas por su fama: el apén dice de la vida de un prócer era la presidencia de la república. Nada importaba que llegara a él siendo un indio puro, lenguaraz y abor- dinado como San Román, o un cri- llo tan culto como Vivanco; bastaba con haber pasado revista en las huestes patriotas que pelearon en Junín o en Ayacucho, para tener derecho de mayorazgo al gobierno de la República. Sólo que, en esta carrera de ambiciones y en esa tur- ba multa de mandatarios, ineptos los más, Castilla tuvo una orienta- ción y una política de principios, y en su primer período de mando principalmente, impulsó tanto el progreso de la República y procuró tanto la confraternidad entre los partidos rivales, que, por un mo- mento, se creyó en la eficacia y la perduración de su obra de bien que él mismo se encargó de destruirla cuando, en su segundo gobierno, injustas reacciones proba- ron que en Castilla no había excep- ción la arbitrariedad y la dureza.

Por lo demás, él es el personaje de la leyenda anecdótica y del ge- nio de la gutilleza; nuestros padres, junto con las hazañas del Mariscal en la guerra, nos relatan sus decires picarescos, sus contestaciones de- moleadoras, para los importunos, sus chistes de subido color, para aplastar una pretensión o mante- ner la terquedad de una buena idea; sus contestaciones a quemarropa, que derrotaban al adversario verba- lista, y sus repeticiones incansa-

bles, proferidas más por astucia que por manía.

El además se ofrece a nuestro juicio, como el mandatario previsor y cauteloso; y cuando después del desastre que nuestro implacable enemigo del Sur nos ha hecho sufrir, dejando junto con la derrota el odioso sentimiento de venganza, volvemos las miradas al pasado, crece nuestra admiración y nuestra simpatía por todo aquel que antes del 79 odiaba a Chile y pensaba en los preparativos bélicos, previendo un ataque de encrucijada; esto explica mejor, la ardiente simpatía que se profesa en el Perú a Castilla, y que sin amorar en nada el mérito de los propósitos patrióticos del Mariscal, elevan más su fama y lo hacen casi el héroe de una leyenda.

“Cuando Chile compre un barco, el Perú debe comprar dos”. Un día de progreso en el Perú, es una noche de pesadilla en Chile”, tales son las palabras que se atribuyen a Castilla y que, si no estuvieron en sus labios, estuvieron en su inteligencia de maravillosas intuiciones y en su corazón inflamado de patriotismo.

Por lo demás, ajeno a nuestro criterio histórico es el endiosamiento y la ponderación de virtudes sin tasa; en muchas de las del hombre de Estado escaseó nuestro héroe, y así, como en ocasiones varias, salvó los principios democráticos y morales, oyendo sanos consejos y orientándose admirablemente entre múltiples dictados, lo cual era en él característico; en muchos de los actos de su vida pública extravió su criterio político, en un inagotable deseo del mando, propensión esta última que se convierte en crónica enfermedad moral en el político, que se ensimisma en la contemplación de su personalidad, juzgada por el exagerado juicio de los incensaristas y de los pretorianos. Por lo mismo ignoramos muchas de sus virtudes y se escapan a nuestra visión muchos de sus defectos, pero en el balance general de sus acciones se rompe el equilibrio de lo anónimo o de lo vulgar en su persona, para destacarse la superioridad de su espíritu que sostiene la inmortalidad de su nombre en el alma de un pueblo.

Nació don Ramón Castilla, en Tarapacá, el 30 de agosto de 1799. Fueron sus padres don Pedro Castilla, natural de Buenos Aires, y doña Francisca Márquez, natural de Tarapacá. Por la línea paterna descendía el Mariscal de una noble familia española, siendo su abuelo materno natural de Génova. A los once años se trasladó a Lima para atender a su educación, pero apenas permaneció en la capital del antiguo virreinato del Perú, durante un año, ya en 1813 Castilla se hallaba en Concepción de Chile, donde le arrastraron sus intereses de familia.

El año de 1813, y cuando Castilla apenas contaba catorce años, estalló en Concepción un movimiento revolucionario, y don Leandro Castilla, su hermano mayor, que era acérrimo realista, conociendo el carácter de Ramón y su afición a la carrera de las armas, lo alistó en un batallón de caballería que se formó con el nombre de Dragones de la frontera, y que, tremolando el estandarte real, defendía la causa de España. La revolución se sofocó y Castilla dejó el cuartel al ser llamado muy pronto por el Mariscal realista Marcó del Pont para alistarse en los ejércitos que pretendían contener el avance de las huestes patriotas que llegaban a Chile con San Martín. Castilla peleó contra el héroe argentino, y sirviendo de ayudante a Marcó del Pont, cayó herido y prisionero en la célebre batalla de Chacabuco.

Internado a Buenos Aires, obtuvo su libertad gracias a la intercesión que por él hizo doña Juana Pueyrredón, sobrina del Supremo Director. Castilla, libre, se dirigió entonces al Brasil, y pensaba aguardar en Río de Janeiro el desarrollo de los sucesos, cuando conoció al brigadier realista don Fernando Cacho, que, de tránsito al Perú, había tocado en esa ciudad. El brigadier Cacho era un militar valeroso y muy hábil, gran estratégico y decidido partidario de su rey. Pronto trabó relaciones estrechas de amistad con Castilla, y ya que no podían realizar su traslación al Perú por mar, se decidieron hacerlo por tierra, efectuando entonces uno de los viajes más arriesgados y difíciles que registran los anales de la época. El 17 de agosto de 1818 llegaron a Lima, habiendo atravesado el corazón de la América del Sur, empleando seis meses en un recorrido de más de dos mil leguas de países desconocidos y selváticos.

Llegaba Castilla al Perú en una época de verdadera crisis para la causa del rey: el deseo de la emancipación era general, y el corazón de Castilla no podía ser una excep-

la dignidad de los más distinguidos, pundonoros y valientes militares que habían servido en la primera etapa de la guerra, a las órdenes de San Martín. Así fué que, por efecto de la concentración de tropas en Huaraz, que ordenara Bolívar, Castilla, mandado por el General La Fuente, se presentó en Otuzco con un escuadrón a ponerse a las órdenes del Libertador. Este, con un menosprecio censurable apenas si se dignó escucharlo, y disponiéndose a montar a caballo, le dijo:

—Está bien; entregue su escuadrón al... (un jefe colombiano).

Castilla, herido en lo más íntimo de su dignidad, contestó a Bolívar:

—Yo no he venido a entregar mi escuadrón, sino a ponerlo a las órdenes de V. E.

Esta respuesta fué suficiente para que el Libertador ordenara su arresto y enjuiciamiento militar. Castilla fué cargado de grillos y encerrado en un calabozo del cuartel; pero al saber que se le iba a trasladar a la cárcel mandó decir a Bolívar que prefería el fusilamiento a esa degradación. La oportuna intervención de algunos jefes y las murmuraciones que ya entre los peruanos se



GRAN MARISCAL D. RAMON CASTILLA

ción del sentimiento que todo conmovía. Alejado del servicio militar, no obstante las deferencias que le prodigara el entonces Virrey Pezuela, al saber la llegada de San Martín a las playas del Perú, huyó de Lima y se presentó en el campamento patriota, ofreciéndose como voluntario. San Martín lo alistó como alférez de caballería en el escuadrón Husares de la Legión Peruana. Hizo Castilla desde entonces las campañas del Sur con Santa Cruz y mereció el ascenso hasta Sargento Mayor. Llegaba el año de 1822, fatal para las armas patriotas; con la aparición de Bolívar y el alejamiento de San Martín, Castilla iba a experimentar los más duros desengaños. El Libertador, impaciente en los primeros momentos contra los sucesos políticos provocados por Riva Agüero y su círculo, y con una prevención muy censurable, a muchos de los antiguos servidores del Protector, no podía reprimir su mala voluntad para los jefes peruanos, y manciplaba

elevaban por los desplantes despóticos del General, hicieron que se decretara la libertad del preso y su incorporación en el Ejército.

Castilla asistió más tarde a la memorable batalla de Ayacucho y en esta acción tuvo la fortuna de ser el primer soldado que penetrara en el campo enemigo, pues conociendo Sucre su audacia y valentía lo había designado para hacer el primer reconocimiento de avanzada. En la refriega se portó con tanto arrojo, que fué herido dos veces; pero pasado el triunfo tuvo que retirarse a la vida privada; con Bolívar en el Gobierno, Castilla no podía obtener ni honores ni ascensos; felizmente era conocido por Santa Cruz y La Fuente, y por este último obtuvo la Intendencia de Tarapacá hasta el año 23, y después sucesivamente, la de Tacna y la de Arequipa.

Sirviendo a las órdenes de Gamarra, Castilla fué acusado de conspirador, y, preso en el Callao se fugó y trasladó a Chile, desde

donde ayudó a Orbegoso en su lucha contra Bermúdez. Después de Maquihuayo, Orbegoso elevó a Castilla al generalato, nonbrándole bien pronto Secretario General. En este puesto fué que Castilla cometió la irreparable falta de firmar las instrucciones que se dieron al comisionado Gómez Sánchez para llamar a Santa Cruz al Perú y dar pretexto a la Confederación. La falta de Castilla es tanto más censurable, si se tiene en cuenta que, partidario de las ideas del Presidente de Bolivia y devoto de las erradas de Orbegoso, se plegó, a poco, a la causa de los reaccionarios y acompañando a Gamarra y a los invasores chilenos, asistió a la derrota de Yungay, en donde, gracias a sus consejos, a sus disposiciones y a su ejemplo, se consiguió, sobre las tropas de Santa Cruz la más completa victoria, destrozando esa máscara de confederación con que se marearon los incautos, se disfrazaron los ambiciosos y se desengañaron los ilusos al darse cuenta de la sumisión, con las célebres declaraciones del Congreso de Sicuani. Castilla se había elevado, gracias a sus méritos y heroísmo, al alto puesto de ministro de la guerra, y con este cargo asistió a la batalla de Yungay acompañando al Presidente Provisorio Gamarra. Más tarde Castilla tomó la cartera de hacienda y en el nuevo cargo reveló tal competencia, que se impuso aún más al respeto y consideración de los hombres de la época.

Sublevado contra el Gobierno el general Vivanco, Castilla fué comisionado para debelar la revolución, lo que consiguió batiendo al coronel Ugarteche y derrotándole en Cuevillas. De la guerra civil pasó a la internacional con Bolivia, y asistiendo a la acción de Ingavi (18 de noviembre de 1841), después de la muerte de Gamarra y de la derrota del ejército, él que cubría la retirada, fué herido y preso y trasladado a Santa Cruz de la Sierra, donde se le dió el más indigno y duro trato y en el que se cebó el odio de los derrotados de Yungay. Después de un año de destierro y prisión volvió al Perú a presenciar la anarquía que entonces destrozaba al país: Torrico, La Fuente y Vidal aspiraban al mando. Castilla, sin declararse abiertamente por ninguno de ellos, pero de acuerdo con Torrico, llegó a Lima en octubre del año 42 a ponerse a las órdenes de éste; disgustado después con el gobierno del general Vivanco se dirigió al sur y, de acuerdo con el general Nieto, provocó el año siguiente la reacción en Moquegua, formando una Junta de Gobierno, que la presidió más tarde por muerte de Nieto. Derrotó Castilla a las fuerzas de Balta en Pachía y del general Guarda en San Antonio (octubre de 1843), entrando triunfante a Lima para reconocer la autoridad del Consejo de Gobierno que presidía Menéndez, que decretó las elecciones generales en las que fué elegido Castilla Presidente, haciéndose cargo del mando el 20 de abril de 1845.

Después de cuatro años de tranquilidad, muy rara entonces, Castilla entregó el mando al elegido por los pueblos, don José Rufino Echenique, y se retiró a la vida privada, de la que salió pronto con un pretexto, para levantar la bandera de la revolución contra el gobierno del mismo hombre que protegió, pero al que acusaba de ingrato y de inepto. Ayudado por San Román, Castilla batió a las fuerzas de Echenique en las puertas de Lima, y, tomando la capital, se impuso en el gobierno nuevamente.

Castilla no llegaba ya generoso y principista como en el año 45; los odios le habían provocado a la reacción, y lo que antes fuera anhelo de poder por el bien de la república; se había cambiado en espíritu partidarista y ambición de mando. Dificilmente se avenía el Gran Mariscal y Presidente del 43, a ser simple ciudadano.

Su gobierno está juzgado con estas sinceras y sentidas frases de uno de sus biógrafos: "En el poder adoptó una política verdaderamente fraternal, y a poco, la memoria de lo pasado quedó desvanecida, como desaparece en las olas la estela que el buque va dejando a su paso". Llegaba además, al mando, rodeado de aureola del heroísmo y de la lealtad a los principios republicanos; había decretado la abolición del tributo del indio y la libertad de los esclavos. El encausó la vida económica de la república por nuevos senderos, y al imponer la ley del presupuesto obligatorio, privó de muchos recursos a la anarquía y sentó la responsabilidad en el ejercicio del poder.

No ha llegado, sin embargo, el momento del severo juicio histórico; sólo queremos señalar los hechos notables acaecidos en su segundo período. Incrementó la marina de guerra, construyó la Penitenciaría oyendo los dictados del sabio y patriota Paz Soldán; elevó las estatuas de Colón y Bolívar, adquiridos por Echenique, e implantó el servicio del alumbrado de gas y del agua potable en la capital. Se declaró la guerra al Ecuador y se hizo esta inútil campaña sin re-

sultado para el Perú, y se disolvió la Convención Nacional y el Congreso ordinario de 1858. Castilla dejó el poder a San Román, que había sido su comanditón y su candidato, para retirarse de nuevo a la vida privada pero sin dar sosiego a su actitud política. Muerto San Román y llegado Pezet al gobierno, quizá si en este momento fomentado por un generoso sentimiento.

Una de sus entrevistas con el Presidente Pezet en donó la impetuosidad del carácter del Mariscal violó las cultas formas de un lenguaje moderado, para lanzar el reproche y tal vez la ofensa al Jefe Supremo, motivó su destierro al peñón de Gibraltar. En su ausencia se realizaron los memorables hechos de la intencional reivindicativa de España y gloriosa acción del 2 de Mayo.

Vuelto al Perú y cuando las garantías que le ofreció el Gobierno y la plenipotencia en Europa para lo que se le solicitó, hubieran dado la tranquilidad que tanto necesitaba en sus últimos años, volvió a dar las insinuaciones de los anárquicos, e intentando un movimiento armado se levantó contra el gobierno en Tarapacá.

Las marchas forzadas en el desierto sobre su cuerpo debilitado y enfermo, le postraron de tal modo, que, al acercarse completamente extenuado por la fiebre a la estancia de Tiviliche, se desmontó del caballo, y, recostado sobre el pecho de uno de sus ayudantes expiró.

Tal fué el hombre cuya vida y acciones pertenecen ya al juicio de la Historia y cuyos hechos van unidos a los mejores momentos de nuestra agitada existencia republicana.

HORACIO H. URTEAGA.

Luis C. Infante

NUESTRO PROBLEMA EDUCATIVO



Hemos cumplido cien años de vida independiente y aunque nadie puede negar que hemos recorrido un trecho bastante largo en la vastísima senda del progreso humano, no podemos sentirnos muy satisfechos con lo poco que relativamente hemos alcanzado como pueblo autónomo llamado a muy altos destinos. El Perú hace cien años era la primera nación de Sud-América. Cuna indiscutida de una admirable civilización indígena, centro elegante y aristocrático de un vasto imperio colonial que abarcaba casi todo el Continente americano, nuestra patria era sin disputa la más importante nación sudamericana. ¿Por ventura hemos conservado esta hegemonía espiritual sobre las demás naciones americanas? ¿Ocupa el Perú el alto puesto que le corresponde por sus gloriosas tradiciones en el concierto de los pueblos que forman el mundo de Colón? Aunque el sentimiento patriótico sufra amarga decepción, tenemos que contestar con una triste negativa a estas preguntas.

¿Cuáles son las causas de este estancamiento o por lo menos de este lento progreso?

¿Será el factor étnico? Será el hecho de que no tenemos una raza vigorosa, enérgica y progresista que sepa explotar racionalmente las ingentes riquezas de nuestro vasto y riquísimo territorio?

¿Será la falta de una fuerte corriente de inmigrantes europeos, adaptables a nuestro medio, que mezclándose con nuestra raza nos inculquen hábitos de trabajo, de esfuerzo constante, de ahorro, de moralidad, etc., etc.?

¿Será la falta de vías de comunicación amplias y seguras, que permitan penetrar hasta las regiones más apartadas de nuestro territorio y arrancar a nuestras vírgenes selvas el inmenso tesoro milenario acumulado en ellas?

¿Será que nuestra costa, la parte más accesible para la inmigración europea, es pobre y estéril por la escasez de agua y de canales de irrigación que la hagan fecunda y productiva?

¿Será la falta de una clase dirigente ilustrada y patriota, desinteresada y noble que sepa orientar los esfuerzos colectivos hacia las serenas regiones del ideal cívico y de la eficiencia democrática, que traigan consigo una fecunda conjunción de anhelos y de esfuerzos para el bienestar común?

Es indudable que todos estos factores y muchos otros que no mencionamos por no hacer demasiado largo este artículo, tienen su parte de influencia, pero en nuestro con-

cepto, el factor decisivo, el más importante, el principal, es el factor educación. Sostenemos que nuestra marcha lenta e insegura en la senda del progreso se debe principalmente a que nuestra educación nacional, en cualquiera de sus aspectos, no es lo que debería ser. Y vamos a tratar de demostrar nuestra proposición.

Podríamos llenar muchas de las páginas, que generosamente se nos ha cedido en esta importante publicación, citando las opiniones de hombres eminentes, que en todos los siglos y en todas las épocas de la historia han sostenido que la educación es el factor más poderoso del progreso y de la reforma social. A pesar de ser tal verdad un dogma universal indiscutido y aceptado por todos, entre nosotros el problema educativo no ha merecido toda la atención que debe merecer.

La verdad es, aunque sea triste decirlo y aunque el patriotismo sufra honda decepción, es preciso confesar paladinamente que en cuestiones de educación pública el Perú ha adelantado muy poco en los cien años que tiene de vida libre e independiente. Al hacer esta declaración no nos impulsa el insano propósito de echar sombras sobre nuestra patria ni sobre nuestros hombres dirigentes. Queremos sacar a luz las llagas de nuestro enfermizo organismo educativo para que todos nos esforcemos por aplicar el cauterio que las mejore y sane. Nuestro empeño es de orden científico, sereno y elevado. Vamos a señalar quizá con rudeza las deficiencias de nuestro sistema de enseñanza popular, para que nuestros gobernantes y legisladores se den cuenta de los problemas escolares y procedan conforme a un plan racional y no por simples tanteos empíricos, como desgraciadamente se ha hecho hasta ahora.

Casi todos nuestros gobernantes en sus programas políticos y en sus mensajes presidenciales han hecho vehementes y al parecer sinceras declaraciones sobre la necesidad de estimular vigorosamente la instrucción del pueblo, sin embargo, sólo tres o cuatro de ellos han hecho algo medianamente eficaz en este orden de cosas.

Todas las constituciones políticas del Perú, incluyendo en este número las bases expedidas en 17 de diciembre de 1822, consignaron entre sus artículos la obligación del Estado de fomentar la instrucción pública.

Nuestros más grandes políticos, nuestros más ilustres publicistas en más de una oportunidad, cuando han desempeñado la cartera de instrucción o cuando han ocupado una curul en el parlamento han escrito o pronunciado palabras dignas de ser fijadas con letras de oro; sin embargo, han pasado cien años y nos encontramos frente a frente de los mismos problemas, de las mismas deficiencias, del mismo estado caótico que en materia de educación pública existía en los albores de nuestra independencia. Hoy como ayer, en 1921 como en 1821, no tenemos:

1o.—Un ideal educativo que unifique y dé nervio y consistencia a nuestros esfuerzos individuales.

2o.—Tampoco tenemos un fondo escolar amplio y generoso, que sea suficiente para atender a todas las necesidades de la instrucción pública en el Perú y que esté separado del presupuesto general para hacerlo no solamente intangible, sino para que se incremente a medida que sean

Wing On Chong & Co.

IMPORTADORES

Zavala N. 548 - Teléfono N. 93

SEDERIAS | Melchormalo N. 340-Teléfono N. 3661
 Bodegones N. 398 - Teléfono N. 3634

Tienen constantemente: Mantas bordadas, Vapor de seda para mantas, Géneros de seda surtidos para vestidos, Artículos para regalos, Servicios de porcelana para té, Cigarrillos de tabaco Egipcio aromáticos, The Raven, Perfumería, etc., etc.

Unicos importadores del

Té C. C. y "LA ESTRELLA"

Todo nuevo, bonito y barato - Ver y creer

mayores los gastos en ramo tan importante de la administración pública.

30.—Carecemos de un personal pedagógico suficientemente numeroso y apto que pueda tomar a su cargo no solamente la dirección de nuestras escuelas sino la administración técnica de un verdadero y eficiente sistema de educación pública. La única Escuela Normal de Preceptores, fundada en 28 de enero de 1905, no ha podido suministrar el número suficiente de maestros bien preparados.

40.—Carecemos de un mecanismo administrativo científicamente organizado que pueda manejar con eficiencia un sistema de educación pública de acuerdo con los cánones de la ciencia pedagógica. Solo recientemente una competente misión anglo-americana está echando las bases fundamentales para dotar al país del sistema administrativo que reclamamos.

50.—No tenemos hasta la fecha un cuerpo de inspectores profesionales que no solamente vigilen el exacto cumplimiento de las leyes y reglamentos en materia de enseñanza, sino que sean verdaderos "maestros de maestros", que lleven por todo el territorio el evangelio de la nueva educación fundada en la ciencia y en el conocimiento psicológico de los niños.

60.—Hoy como ayer el nombramiento y remoción de los preceptores depende de los vaivenes de la política menuda y de campanario, de esa moderna hidra de Lerna que todo lo malea, lo corrompe y lo esteriliza entre nosotros. En cien años de vida autónoma no hemos podido organizar un sistema educativo que esté completamente libre de la malsana influencia de los políticos de oficio, de aquellos que hacen de la política asunto de medro y granjería personal.

70.—En 1921 como en 1821, nuestros infelices maestros reciben un miserable salario que apenas les basta para satisfacer sus más apremiantes necesidades, sin que ellos al llegar a la vejez, después de haber sacrificado en el altar de la patria sus mejores energías tengan ni la más remota esperanza de conseguir un mendrugo que satisfaga su hambre y el de sus hijos. En consecuencia, la noble carrera del magisterio no atrae a las inteligencias más luminosas ni a las voluntades más enérgicas, sufriendo por esta causa la eficacia e idoneidad del personal enseñante.

80.—Ayer como hoy nuestros niños salen de las escuelas y de los colegios sin una aptitud definida, sin una capacidad técnica bien desarrollada, sin una educación vocacional que les permita bastarse a sí mismos y triunfar en las duras luchas de la vida. Nuestra enseñanza popular está en oposición con las exigencias del medio ambiente; no se adapta a nuestras necesidades sociales y sigue siendo esencialmente libresco, rutinaria y verbalista. Es preciso reaccionar contra esta enseñanza intelectualista, estableciendo escuelas de trabajo, escuelas vocacionales, donde el niño y la niña adquieran una verdadera educación técnica.

Planteadas la tesis de que nuestra rudimentaria organización educativa es la causa primordial de nuestro estancamiento, qué debemos hacer para dar un vigoroso impulso a nuestra marcha ascendente en el camino del progreso? Cuál debe ser el ideal educativo que debemos fijar como meta de nuestros anhelos?...

¿Será el ideal utilitario que sostiene que el fin de la educación es poner al individuo en capacidad de ganar sus medios de subsistencia, de bastarse a sí mismo en las luchas de la vida? ¿Será el ideal que preconiza como fin supremo de la educación la adquisición de conocimientos, la posesión de una "cultura general" o sea la asimilación por el educando de ciertos conocimientos, de ciertas disciplinas consagradas por la tradición secular de los siglos como adecuadas a la mentalidad de las clases dirigentes y re-

finadas de la sociedad? Es fácil ver que ni el ideal utilitario, por ser estrecho, egoísta y hasta materialista ni el ideal cultural por dar a la educación un tinte aristocrático, impropio de una democracia, serán los ideales que aceptemos.

¿Será, por ventura, el ideal herbartiano que sostiene como fin de la educación el desenvolvimiento de toda la perfección que el hombre tiene en su naturaleza, o en otras palabras, la formación del carácter moral del educando mediante el estudio de las disciplinas escolares, principalmente de la historia? Por lo que respecta a este ideal no podemos desecharlo a priori. Sostenido por filósofos de la talla de Kant, Fichte, Hegel y Herbart, tiene que merecer nuestro respetuoso acatamiento, pero no como fin único sino como parte integrante de otro ideal más amplio, más comprensivo y más humano.

Descartados los ideales anteriores, queda como ideal por excelencia el ideal ecléctico de la eficiencia social, preconizado por los filósofos y educadores del pragmatismo, tales como Dewey, James, Thorndike, Bagley, Horne y otros. En qué consiste dicho ideal? Analicémoslo sumariamente.

En primer lugar, debemos procurar que el educando tenga lo que podemos llamar la *eficiencia vital*, es decir, el desarrollo físico útil y necesario para que pueda gozar de una salud perfecta que le permita ser feliz individualmente y ser útil a la sociedad.

En segundo lugar, es indispensable que el educando tenga *eficiencia vocacional*, es decir, el poder productivo, la capacidad económica en cualquiera de las múltiples manifestaciones de la actividad humana; agricultura, industrias, comercio, profesiones, vida doméstica, etc., etc.

En tercer lugar debe el educando tener la *eficiencia "avocacional" o cultural*, es decir, la capacidad para gozar, para emplear juiciosamente sus horas libres en ocupaciones que hacen la vida agradable, ennobleciendo el espíritu y elevándolo a las elevadas regiones del placer estético, tales como la pintura, la música, la poesía, la jardinería, los trabajos manuales ejecutados como saludables pasatiempos y no con fines utilitarios.

En cuarto lugar, la *eficiencia cívica*, o sea el ardiente amor a la patria, el conocimiento completo de sus deberes para con ella, y para con la humanidad y la decisión firme y enérgica de sacrificarse en su defensa, si llega la oportunidad de hacerlo.

En quinto lugar, la *eficiencia moral*, o sea el conocimiento de todos sus deberes morales y religiosos y la firme voluntad de cumplirlos en toda ocasión.

Y, por último, la *eficiencia social* propiamente dicha, o sea la capacidad de poner todas sus energías conscientes y constantemente al servicio de aquella diferenciación e integración de fuerzas sociales que en todas partes es sinónimo de progreso. O en otras palabras, propondremos que el educando adquiera el hábito de exteriorizar sus ideas en acciones benéficas para sus semejantes. Con nuestro ejemplo hagamos todo lo posible por que las generaciones nuevas abandonen las aulas escolares con ideales de servicio y amor al prójimo. Para nosotros la máxima evangélica: "Amaos los unos a los otros" debe convertirse en esta otra: "Amaos y servíos los unos a los otros si anhélais la felicidad y la paz universal".

Seleccionado el ideal educativo que debe servirnos de norte en nuestros esfuerzos educativos, todo lo demás que necesitamos vendrá gradualmente con el cumplimiento de la nueva Ley Orgánica de Enseñanza y de los Reglamentos que van a ampliarla y completarla. Y

para concluir, séanos permitido formular los votos más vehementes porque nuestros hombres dirigentes y todos nuestros conciudadanos despierten a la realidad y se conzencen de que el problema educativo es entre nosotros el más importante, el más fundamental, el bá-

sico y, por consiguiente, requiere toda nuestra atención, todos nuestros esfuerzos, toda nuestra protección.

Lima, julio de 1921.

Juan Pedro Paz Soldán

El héroe nacional del Perú, General D. Francisco Vidal

Cada nación tiene su héroe que es como el símbolo de todas sus glorias: los Estados Unidos a Washington, la República Argentina a San Martín, Venezuela y Colombia a Bolívar, el Uruguay a Artigas, etc. Y esos países y otros que no citamos para no hacer interminable esta lista, han formado en torno de sus héroes toda una leyenda, y han hecho de ellos, y con mucha razón, sus ídolos populares.

El Perú tiene también un héroe que encarna todo el período glorioso de la epopeya de la independencia. Héroe que combatió por mar y por tierra, en la costa y en la sierra; dentro del Perú y en el extranjero; héroe abnegado, noble; de un valor legendario, desinteresado y modesto, como son los verdaderos héroes. Héroe que murió pobre y que nunca reclamó nada de su patria, porque creía que todo se lo debía a ella. Héroe en fin, que aquí hemos relegado al olvido, y son autores extranjeros de gran renombre, los que se han encargado de ensalzarlo. Ese héroe nacional ese héroe olvidado, es el general Francisco Vidal, subalterno de Lord Cochrane en la escuadra libertadora, actor sobresaliente en la toma de Valdivia y de Chiloé, oficial y guerrillero denodado bajo San Martín, jefe famoso bajo La Mar, Riva Agüero, Tagle y Bolívar y un campeón legendario en el segundo sitio del Callao. Su historia es la siguiente:

Nacido en 1801 en el puerto de Supe, (el general Mitre lo tenía equivocadamente por chileno) (1), contaba apenas diez años cuando era ya un eximio nadador y un excelente jinete. Pasó después a Lima y aquí hizo sus estudios en el Seminario que era considerado en aquellos tiempos como el mejor centro de enseñanza. Volvió varias veces a Supe y estuvo allí consagrado en forma intermitente a la agricultura. Su verdadera residencia era Lima en donde se encontraba cuando la escuadra libertadora mandaba por Lord Cochrane y llegó en 1819 al Callao y logró distribuir en tierra proclamas que hicieron vibrar los sentimientos patrióticos de los limeños. La lectura de esas proclamas, y acaso instrucciones expedidas desde a bordo de su escuadra por Lord Cochrane, por medio de algún emisario secreto para provocar en la costa un estallido revolucionario, lanzaron a Vidal, secundado por Andrés Reyes y por otros jóvenes patriotas de entonces, a la peligrosa aventura de marchar sobre Supe, apoderarse del pueblo, prendiendo a su autoridades y proclamado la independencia desde uno de los balcones del Cabildo.

Lord Cochrane quedó encantado con la diablura de los jóvenes patriotas y al alejarse de Supe con su escuadra resolvió llevarlos en su flota. Así logró salvarlos de la per-

secución de los realistas y al mismo tiempo incorporó a sus naves elementos entusiastas y resueltos que no tardaron mucho en prestarle los más brillantes servicios. El 14 de mayo de 1819 la escuadra de Lord Cochrane fondeada en Huarney, enviaba a tierra un destacamento de marineros al mando de Francisco Vidal y en esa comisión "desplegó por primera vez (dice el Mariscal Miller) el valor y la firmeza que le hicieron después tan merecido. Habiéndose adelantado a alguna distancia de la partida que estaba en la costa fué atacado repentinamente, por dos dragones realistas. Al cabo de una corta, pero apurada refriega hizo huir al uno y cogió al otro prisionero, cuando aún no tenía diecisiete años de edad y habiendo recibido una cuchillada en la cabeza" (2). Pocos meses después (el 16 de noviembre de 1819) "el subteniente Vidal que había quedado a bordo de la escuadra con los marinos que no marcharon en la expedición de Pisco, tomó posesión de Santa después de haber batido a un número de milicianos tres veces mayor del que mandaba" (3).

Pero donde brilló como en ninguna otra circunstancia el valor de Vidal fué en la toma de Valdivia por Lord Cochrane (3 de febrero de 1820) "La posición que Cochrane se proponía atacar era reputada como el Gibraltar de América por sus fortificaciones y por sus defensas naturales" (4) "Valdivia estaba defendida por nueve fortalezas y baterías situadas sobre ambas costas, artilladas por ciento veintiocho piezas del calibre de 8 a 24, que cruzaban sus fuegos sobre la bahía. Dos de estas fortalezas estaban situadas en la isla del Rey y de Mancera enfilando con sus fuegos las naves que penetraban a ellas y defendiendo las bocas de los canales del río Valdivia. Por la parte del norte la entrada estaba defendida por un castillo inexpugnable, llamado de La Niebla, tallado en roca viva y una batería llamada Fuerte Piojo, que cruzaba sus fuegos con las islas de Mancera y del Rey. Por la parte del sur estaban: el fuerte del Inglés, que dominaba la caleta del mismo nombre; el de San Carlos, situado en una pequeña península, y el Amargos, que cruzaban sus fuegos con el Niebla de la banda opuesta; y por último el reducto Chorocamayo y el castillo del Corral, — único cerrado por la gola — que defendían el puerto del mismo nombre, combinando sus fuegos en la bahía central con la batería Piojo y los fuertes de Mancera y del Rey. Valdivia estaba guarnecida como por ochocientos hombres de línea y otros tantos milicianos, que a la sazón se hallaban en el interior del país. Tales eran las posiciones, las fortalezas y las fuerzas que Cochrane se proponía atacar y rendir" (5). Era pues in-

dispensable elegir para la vanguardia de ese ataque arriesgadísimo a los oficiales más bravos de la escuadra libertadora. Lord Cochrane designó para esa difícil empresa a Miller, que era entonces sargento mayor, al capitán Francisco Erézcano y al teniente Daniel Cazón (ambos argentinos) y al subteniente Francisco Vidal. La elección no pudo ser más feliz. Vidal fué el héroe de la jornada y su valeroso comportamiento, así como el acierto con que procedió, le valieron las más entusiastas felicitaciones de Lord Cochrane y de todos los jefes de la escuadra. De tal manera fué extraordinaria su actitud en ese asalto a los fuertes inexpugnables de Valdivia que le han consagrado largos párrafos elogiosos en sus respectivas Memorias: Lord Cochrane, Miller y William Bennet Stevenson, secretario de Cochrane. También el general Mitre en su Historia de San Martín, ensalza a Vidal, pero lo califica equivocadamente de chileno. Los chilenos de 1820 (muy distintos de los de ahora) ascendieron a Vidal, le otorgaron una medalla y le dieron a uno de los fuertes de Valdivia el nombre de este joven y heroico oficial peruano. De este último hecho nos ha dejado constancia un escritor uruguayo, el coronel Juan Espinoza (El Soldado de los Andes), actor en las campañas de la independencia (6). Prosiguió todavía luchando Vidal por la causa de la independencia de Chile que era la causa de la independencia de América y en el ataque de Chiloé llevado a cabo por Cochrane volvió a distinguirse el heroico oficial. En las Memorias de Stevenson se relata así su actuación: "El lord Cochrane embarcó en la goleta "Montezuma" y se hizo a la vela con la "Dolores" para Chiloé donde desembarcó las tropas, apoderándose de dos baterías que demoraron después. Eligióse de nuevo al joven Vidal para mandar un destacamento avanzado de 24 hombres. Al subir a la altura en la que se alza el castillo de la Corona, perdió once de sus soldados, ametrallados por la batería. Ordenó en seguida al tambor que tocara retirada.

—Me es imposible respondió el muchachillo— golpeando los palillos — porque ya no tengo tambor.

En efecto una bala de cañón había hecho trizas al instrumento. Sin embargo Vidal se retiró llevándose consigo a tres soldados heridos y a Miller herido también por un trozo de metralla".

Otro historiador extranjero y veraz: el español Sebastián Lorente que trató a muchos de los veteranos de la independencia, consigna en su Historia de Perú esta anécdota de Vidal: "Cochrane emprendió y realizó con singular arrojo, el asalto de la fortísima plaza de Valdivia en el que se distinguió mucho el joven peruano Vidal, a quien la independencia reservaba altos destinos "Donde entra mi gorra entro yo", dijo con juvenil arrogancia, arrojándose dentro del fuerte y se apresuró a ocuparlo, siguiendo a la acción a la palabra".

Con la toma de Chiloé terminó la brillante campaña marítima de Vidal. Las líneas que siguen consignan lo que hizo bajo las órdenes de San Martín.

Miller le presentó a San Martín en Valparaíso a Vidal a su regreso de las campañas de Valdivia y Chiloé. La impresión que el joven oficial peruano le hizo a San Mar-

tin fué excelente. Vidal, blanco, de ojos negros tenía un porte atrayente. Su trato modesto y afable le encantaron al vencedor de Maipú quien dándole el grado de capitán lo incorporó al ejército de los Andes y le confió en el acto una riesgosa comisión. Se trataba de mandar al Perú, antes de que se hiciera a la vela la escuadra que debía transportar al ejército libertador, unos cuantos jóvenes resueltos que trajeran a Lima proclamas de San Martín y que prepararan los ánimos de los patriotas peruanos.

La balandra que en unión de Barrenechea, Zorrilla, Pagador, etc. condujo al Perú a Vidal, naufragó frente a Huarmey. Algunos de los tripulantes se ahogaron; otros al llegar a la playa cayeron en poder de los españoles. Sólo Vidal nadador de primer orden logró llegar sano y salvo a la playa, pescar el primer caballo que encontró cerca de la orilla y escapar a reventa

desbarató en Qui-cachamay una avanzada española, matando dos capitanes, un subalterno y siete hombres, y tomando siete prisioneros. Pocos días después avanzaba hasta la hacienda "Pedreros" a tres leguas de Lima y se apoderaba del ganado perteneciente a la guarnición realista de Lima.

"Las partidas de guerrillas, que eran ya muy numerosas y preponderantes estrecharon más sus correrías hasta la mismas murallas de Lima. No pasaba un día sin que fuera señalado por hazañas y ventajas más o menos considerables, obtenidas así por ellas como por las avanzadas de la caballería".

"Este sitio no menos que el bloqueo marítimo, limitaron los recursos de los realistas al pequeño triángulo comprendido entre la portada de Miravillas, la posición de Aznapuquio y los castillos del Callao. La excesiva penuria y carestía de todo género de subsistencias

Lima una división mandada por el general Necochea para perseguir al Virrey. De esa división formaban parte Vidal y su guerrilla.

No habían transcurrido dos meses de la desocupación de Lima por La Serna cuando Canterac ejecutó su arriesgado movimiento desde la Sierra sobre el Callao, pasando por delante de Lima y regresando después al interior.

"En la noche del 17 de setiembre, Canterac verificó su escape pasando por el Rímac en Bocanegra, dejando al general La Mar en los Castillos de Callao con tres días de provisiones para obtener las mejores condiciones posibles. El general Las Heras con el ejército libertador recibió órdenes para perseguir a los realistas, pero evitando una acción general. Al llegar a la hacienda llamada de "Los Cabaleros", a nueve leguas de Lima, Las Heras insistió de perseguir al enemigo; y a la división del general Miller, compuesta ya de seiscientos infantes, ciento veinticinco caballos, y quinientos montoneros no se le permitió seguir hasta las nueve de la mañana del día 20. Durante este largo, y al parecer inadvertido alto de diez horas, las tropas de Miller no recibieron ningún suministro, y se las dejó marchar sin llevar raciones consigo. El general Las Heras no atacó al enemigo y muchos de los jefes parecían menos ansiosos de continuar las hostilidades, que de gozar de las diversiones y placeres en Lima, donde tanto oficiales como soldados habían sido perfectamente recibidos, y donde ya cada uno había contraído amistades y relaciones que deseaban renovar. Una marcha de tres leguas condujo al general Miller con la división ligera a Macas donde comieron los carneros que los realistas habían dejado preparados ya para guisarlos. El teniente coronel O'Brien y el capitán Vidal escaramucearon con la retaguardia del enemigo. El último fué herido" (9).

Al crear San Martín el 12 de diciembre de 1821 la Orden del Sol, incluyó a Vidal entre sus miembros.

En los años de 1822, 23, 24, bajo los sucesivos gobiernos de Tagle (Supremo Delegado), la Junta Gubernativa, presidida por el general La Mar, Riva Agüero y Tagle, no cesó Vidal de prestar servicios constantes al frente de su guerrilla. Las quebradas de Huarochiri y Canta, la Pampa de Junín, el Cerro de Pasco y Huánuco, fueron testigos de la incansable actividad que para combatir en todo sitio y en todo momento a los realistas puso en juego durante esos años el héroe de Valdivia. Puede decirse que en todo ese transcurso de tiempo, Vidal ni ensainó un sólo día su espada, ni desensilló su caballo. Uno de esos encuentros con las tropas españolas, tuvo lugar el 19 de julio de 1823 en las cercanías de Lima. Vidal que combatía entonces a órdenes del heroico coronel Marcelino Carreño, salió herido en una pierna.

Los servicios valiosos prestados por Vidal a la causa de la independencia, bajo los gobiernos mencionados, le merecieron los ascensos sucesivos a Sargento Mayor, Teniente Coronel y Coronel. Con este grado, y operando en el departamento de Huánuco, le encontró la dictadura de Bolívar.

Vidal fué un precioso auxiliar del ejército libertador en las semanas que precedieron a la batalla de Junín. Sucre, que sacó de este valiente jefe todo el partido posible, le pasó con fecha 18 de junio de 1824 una orden para que se aprestara con sus guerrillas a seguir el movimiento general del ejército en el momento que se le ordenara (10). Desde ese momento Vidal operó



GENERAL FRANCISCO VIDAL

sincha en dirección a Supe. Allí reunió a los pocos días una montonera formada por jóvenes amigos suyos de la infancia. Al frente de esa guerrilla compuesta de doce hombres resueltos sorprendió una noche a un destacamento realista de treinta y ocho jinetes. Con esos elementos equipó y armó su guerrilla y se lanzó sobre Lima, aumentando en su tránsito el efectivo de su pelotón.

Vidal fué el primer guerrillero de 1820. "Los capitanes Vidal, Quiroz y Navajas fueron los primeros comandantes de partidas de guerrillas. Bien pronto estos varios patriotas, entre ellos el Cacique Nivavilca, (después coronel) emprendieron la misma carrera; y gruesas legiones aparecieron hostilizando las cercanías de Lima y aterrando al enemigo con repetidas hazañas y estratagemas" (7). En marzo de 1821 los guerrilleros que comenzaban a establecer el asedio de Lima obtuvieron la primera victoria sobre los realistas. Esa victoria se debió exclusivamente a Vidal, que al frente de sus entusiastas supanos,

apuraban ya a todas las clases: la capital fué reducida a la más triste y calamitosa situación. Los mismos papeles impresos en Lima revelaban ya la consternación pública..." (8). El 10 de mayo de 1821 de acuerdo con el famoso guerrillero Quiroz batía en la quebrada de Quiapata, en la provincia de Canta, la retaguardia de las tropas del general Ricafort, que salió herido en esa acción.

El 6 de julio de 1821 a las cinco de la mañana el virrey La Serna y las tropas realistas abandonaban Lima por el camino de San Borja. A las once de la mañana, Vidal con un destacamento escogido de su guerrilla penetraba en Lima y formaba delante de la Municipalidad, en medio de la alarma de los vecinos que esperaban aterrados la entrada de los temidos guerrilleros. Vidal fué pues, el primero que entró a Lima después de la salida del Virrey. La primera división de tropas regulares del ejército de San Martín no entró a la ciudad hasta el 9 por la noche. Antes de proclamada la independencia salió de

constantemente a la vanguardia del ejército libertador que tuvo, gracias a él y a otros peruanos comandantes de guerrillas, perfectamente informado de los menores movimientos del ejército realista.

Después de Junín, Bolívar, que había resuelto emprender la campaña de la reconquista de Lima, le ordenó a Vidal que reuniera las partidas de guerrillas que, dando por terminados sus servicios voluntarios a la patria con la reciente victoria, se habían dispersado. Bolívar le ordenó al mismo tiempo a Vidal que condujera esas guerrillas a atacar el Callao que estaba todavía en poder de los españoles (11).

Muy bien cumplió Vidal aquellas intrucciones. Con el ascendiente que tenía sobre los guerrilleros logró reunirlos rápidamente y formó con ellos un brillante cuerpo de infantería: el número 3, que fue posteriormente el batallón "Callao". Al frente de ese cuerpo concurrió al segundo sitio del Callao desde su comienzo el 24 de febrero de 1825, y tomó parte incesante en el sitio de aquella plaza en los meses más difíciles cuando los sitiados dominaban hasta Magdalena y mantenían a raya a las tropas republicanas. Una vez que el sitio se perfeccionó y se colocaron por los sitiadores baterías que los ponían a cubierto de cualquier sorpresa de los sitiados, Bolívar despojó a Vidal del mando de su cuerpo y lo trasladó a Bolivia. Esto ocurrió el 28 de mayo de 1825. Decepcionado Vidal es-

cribió entonces una defensa que dió a luz meses después, quejándose de la ingratitud de Bolívar y demostrando que había sido factor principal en el segundo sitio del Callao.

A mediados de 1826 regresó Vidal a Lima y apareció comprometido en el complot revolucionario de julio de aquel año para sacudir al Perú de la dominación colombiana. Al dar cuenta en sus Memorias el General Miller de aquella misteriosa conspiración, le consagra a Vidal las siguientes líneas, que no pueden ser más elocuentes y que retratan a Vidal:

"El coronel Vidal, cuyo valor, actividad y talentos militares se han mencionado tan frecuente y honrosamente, y cuya excelente conducta privada por su probidad y puro patriotismo no se estimaban debidamente a causa de su natural modestia y desconfianza, escapó al interior, pero fue sentenciado a privación de empleo y diez años de destierro."

Vidal se dirigió entonces a Chile y allí permaneció hasta que la revolución del 26 de enero de 1826, encabezada por Manuel Lorenzo Vidaurte, puso término a la dominación colombiana. El 5 de mayo de 1827 regresó a Lima y fue en el acto nombrado comandante militar del Callao. Posteriormente fue comisionado para sofocar la rebelión de los iquichanos a la que puso término en abril de 1828. Tomó luego parte activa en la guerra con Colombia al frente del batallón No.

8. Asistió entonces al combate de Oña, bajo las órdenes del bravo Raullet y a la batalla del Portete el 27 de febrero de 1829 a órdenes del mismo presidente, gran mariscal La Mar.

Ocupó después importantes puestos en la administración pública. En 1832 fue ascendido a general de brigada y en 1833 fue diputado a la Convención. Ese año se sublevó Salaverry en el norte, y reproduciémos aquí lo que sobre este punto ha dejado escrito el escritor inglés, Clemente Markham en su Historia del Perú: "Gamarra envió a Vidal, el valiente voluntario de Cochrane, en su persecución. Salaverry y Vidal habían sido condiscípulos cuando niños, pelearon juntos con generosa emulación durante la guerra de emancipación, y ahora de jóvenes se encontraban frente a frente envueltos en la guerra civil. Salaverry salió de Trujillo a esperar a su antagonista en el lugar llamado "Garita de Moche". El 19 de noviembre, Vidal, ayudado por Torrico, salió con 500 hombres contra los rebeldes. Ambos jefes se portaron con bizarría y la tropa peleó desesperadamente. Dos veces se renovó la batalla, las tropas estaban diezmadas, a Vidal le mataron dos caballos y Salaverry peleaba como un simple oficial, a la vez que como general dirigía las operaciones. Fatigados los combatientes cesaron para descansar. Encontrábase apenas a unas veinticinco yardas de uno del otro: un

soldado herido gritó a Salaverry: — ¿Hasta cuándo continuas derramando sangre? Y éste repuso: — Hasta que sólo quedemos Vidal y yo. Uno de los soldados levantó el fusil, apuntó a Salaverry, pero Vidal se lo hizo bajar. A lo cual Salaverry, volteando grupas, exclamó: — Gracias, amigo generoso". Vidal fue ascendido a general de división en 1839. Fue presidente del Perú desde el 28 de julio de 1842, hasta el 15 de marzo de 1843. Fue casado con doña Andrea Grados. Era ya viudo, cuando falleció en Lima el 23 de setiembre de 1853.

NOTAS

- (1) Bartolomé Mitre — Historia de San Martín; vol. II; pág. 317.
- (2) — Memorias del Gral. Miller; vol. 1; pág. 189.
- (3) Id. id. págs. 205 y 206.
- (4) Mitre, Ob. cit.; vol. II, pág. 313.
- (5) Id. id. id.; pág. 314.
- (6) "El Pedestal de la libertad", (1862); pág. 170.
- (7) José I. Arenales; "Segunda campaña a la sierra del Perú en 1821"; (edic. Vaccaro); pág. 56.
- (8) Arenales, Ob. cit.; pág. 108.
- (9) Miller, Ob. cit. vol. I; pág. 326.
- (10) "Cartas Históricas" — 2a. Serie; pág. 205.
- (11) Id. id. id. pág. 395.

Peluquería y Perfumería "ROYAL"

de

HECTOR J. DELGADO DEL ALCAZAR



Establecimiento nacional de primer orden, montado al estilo americano; Sillones de acero niquelado y porcelana; Esterilizador sanitario para la desinfección del material; Atención esmerada; La casa que tiene el servicio mejor de la capital.

879 - UNION (BOZA) - 879 - LIMA

ALMACENES DE CALZADO "LA ITALIA"

de Antonio Rebosio

CASA ESTABLECIDA EL AÑO 1905

Importación



Directa

Está de fiesta el hogar
Y yo al festejo me asocio,
Nada se puede igualar
Al calzado de Rebosio.

En el hogar y en todas partes, siempre es preferido
por su calidad y duración.

Lugares de venta:

LIMA: Calle del Milagro No. 474 al 488 -- Teléfono 3205
y en su UNICA sucursal en Lima CONCEPCION No. 591.

CALLAO: Calle Galvez No. 38 -- Teléfono No. 308.

BARRANCO: Avenida Surco No. 84

BANCO ANGLO-SUDAMERICANO

CAPITAL Y RESERVAS

Más de trece millones de Esterlinas

Casa Matriz: LONDRES



Sucursales en todas partes
de Sud-América.



::: Extiende GIROS sobre
cualquier parte del mundo
á tipos inmejorables. :::::



Ofrece la mejor garantía para depósitos

Oficina de Lima, ALDABAS 252

APARTADO 462  TELEFONO 463